

# *Cómo se enfrentó al Fascismo en toda ESPAÑA*

- **Federica Montseny**
- **David Antona**
- **Juan López**
- **Chueca**
- **Galo Diez**
- **Miguel P. Cordon**
- **José Riera**
- **Claro J. Sendón**
- **Francisco Direitiño**
- **Savonarola**
- **Juan Rueda Ortiz**
- **Mínimo**

---

**Ediciones del Servicio  
de Propaganda España**

●  
**Buenos Aires, Julio 1938**



# 19 DE JULIO EN GALICIA

---

Por CLARO J. SENDON

**C**ONFEDERALMENTE hablando, Galicia era poco conocida en España; pero si echáramos una mirada retrospectiva al movimiento confederal español, observaríamos inmediatamente que la Región Galaica ha jugado un papel importantísimo en todas las convulsiones sociales habidas en España hasta el 19 de Julio.

Esta tradición confederal y libertaria adentrada en el alma de la clase trabajadora gallega, no podía ser desmentida en los momentos más graves y de mayor peligro para las libertades de nuestro pueblo.

Queda un tanto alejada de lo que hoy es España leal la hermosa región gallega, para que el eco de la gesta heroica escrita hace doce meses por la mejor militancia de Galicia, fuera conocida en toda su extensión. No soy yo el más llamado a describirla, a hacerla conocer en estos momentos al resto del proletariado ibérico. Y no lo soy, por ser mucha la amargura que me invade al recordar, por referencias, la inmensa tragedia que ha vivido y vive la tierra por mí amada, en la cual he aprendido a dar los primeros pasos y a balbucir el dulce idioma de Curros y Rosalía.

Mucho antes de la sublevación militar fascista, como en el resto de España, en Galicia se mascaba la tragedia. Todo el ambiente de aquella apartada tierra estaba preñado de presagios de tormenta. Se la veía venir, ya que el fascismo indecente, azuzado por los caciques analfabetos, maniobraban en todos los sentidos para imponer en la calle, por medio de las armas fratricidas, lo que el 16 de Febrero no habían podido conseguir en las urnas. Los señoritos de Falange, toda la roña inmunda de la "buena" sociedad gallega, se había movilizó a impulsos de aquel hijo espúreo de Galicia que se llamó Calvo Sotelo. Sembraban el terror, se plantaban en mitad de las rúas de las principales villas y alguna que otra ciudad en que el republicanismo de los leguleyos, que regían sus destinos, era tibio, cuando no era sospechoso.



En más de una ocasión la clase trabajadora organizada ha debido plantarse firme en la calle y hacerles comprender que "no era verdad tanta belleza", que había un pueblo dispuesto a no permitir tanta majeza aun a costa de la vida de sus mejores, de sus más preclaros hijos.

Volvió la caverna inmunda a sus antiguas madrigueras; pero trabajaban, se armaban y provocaban de un modo muy distinto a como lo hacían en los primeros momentos del triunfo electoral de lo que dieron en llamar Frente Popular.

Así transcurrieron los meses que median entre Febrero y Julio. Como en todos los lugares, el 19 de Julio amaneció en Galicia con una tormenta a fondo; algo se movía en la conciencia popular a pesar de todas las tibiezas y seguridades que al pueblo daban los encargados de regir los destinos de una raza tan sensible como la nuestra. En La Coruña y otras ciudades se reciben las primeras noticias de la sublevación en infinidad de lugares de España. Eran imprecisas aquellas noticias. Había en ellas algo que pretendían ser de confianza y seguridad, ya que en Galicia aún no se había iniciado el ataque de la traición.

No obstante, la clase trabajadora, enrolada en las dos grandes centrales sindicales españolas, no lo ha creído así. El fino instinto del pueblo presentía lo que en el resto de España ocurría y se aprestó a la defensa. El Comité Regional Galaico, con residencia en La Coruña, cursó las órdenes oportunas a toda la región para que el proletariado se movilizara con todas las armas que dispusiera.

Y Galicia, la región tocada amorosamente con pálida pañoleta y vestida con refajo ribeteado de un eterno verdor, se alzó airada contra los que pretendían conculcar por los siglos de los siglos sus libertades, arrancadas al Estado y al capitalismo en combates desiguales, librados en buena lid en todas las épocas de su limpia actuación.

Se alzó y se puso en guardia, esperando atentos la llamada de auxilio que había de partir de la capital gallega, la más codiciada por la facción. Dos días de inquietud, de espera ansiosa, de ansias inmensas para entrar decididos en pelea contra la infamia que suponía para España el levantamiento militar fascista.

Por fin, el 21 llegó a los pueblos la noticia de la sublevación por las tropas de guarnición en La Coruña. En las calles de la ciudad herculina se reñían encarnizados combates, la juventud se batía bravamente para contener y conjurar el peligro. Los valientes aguiluchos de la F. A. I., los bravos leones confederales, los socialistas y republicanos de verdad, que lo eran de cora-



zón, cuatro fuerzas con preponderancia efectiva en la región, empujaban al fascismo y lo mantuvieron a raya hasta el día 22. Cansados por la desigualdad de la pelea; sin armas adecuadas para contener la furia salvaje de los hijos del crimen, caballeros de la muerte, estaban a punto de perecer como valientes antes de entregarse como vencidos. Llegó la ayuda pedida.

De San Finx-Noya, que es un rincón apartado, enclavado allá en un valle de Lousame, partió una columna minera. Eran hombres avezados, curtidos en luchas temerarias sostenidas contra la soberbia de los representantes de la Empresa inglesa que explotaba aquellas minas. Escopetas, alguna que otra pistola, poca munición, con alguna dinamita sacada del polvorín de la mina, con un entusiasmo nunca en ellos desmentido, llegaban aquellos hermanos, aquellos heroicos trabajadores del subsuelo. Iban a triunfar o morir. Iban a cimentar un mundo nuevo o perecer como han de hacerlo los hombres dignos.

Irrumpen por Monelos, en La Coruña. La ciudad de Hércules retembló ante el empuje de la columna minera, de los bravos de Lousame. La ciudad ya estaba en poder de los traidores, de la infamia. Opusieron resistencia. Organizaron sus falanges para presentar batalla a los mineros y a los obreros coruñeses que se les habían unido. No les valió su majeza. Fueron arrollados, pulverizados en el envite primero, y los mineros toman por asalto la estación del ferrocarril de Santiago. Se hacen allí dueños y fuertes, consolidan la posición conquistada y se adentran en las intrincadas calles de la barriada de Santa Lucía. Bajan su cuesta, cuesta que fué de amargura y muy en breve ha de ser de libertad. Se adentran en la ciudad y bajan a los cantones. Toman por asalto varias casas céntricas y hacen retroceder hacia la parte del Palacio Municipal a las fuerzas que se habían sublevado contra el pueblo, del cual eran hijos, hijos malos, despreciables y sin posible perdón.

Tres días duró la lucha en las calles de La Coruña. Y en la pelea sangrienta cayeron los más valientes, los mejores, los más puros militantes de las poblaciones de Galicia. Infinidad de compañeros de las Juventudes Libertarias dieron sus vidas preciosas frente al cuartel de la Guardia civil, al intentar sin armas, asaltarlo. Lo más granado de los hombres de la F. A. I., de la C. N. T., de la U. G. T.; lo más honrado y revolucionario de los partidos socialista y republicano, han caído gloriosamente cumpliendo un deber sagrado: defendiendo las libertades de un pueblo, que no se ha conseguido por ciertas debilidades, por ciertas traiciones que algún día han de conocer los hermanos del mundo, ya que no podrán ser silenciadas las indecencias



que impidieron que Galicia esté en nuestro poder.

La mayoría de los mineros bajados de San Finx-Noya han regado con su sangre las calles de la ciudad.

Pocos han quedado, y sin munición, sin dinamita para continuar la pelea, han debido retirarse los que lograron salvarse.

Salieron doloridos. Doloridos por la espantosa tragedia que acababan de vivir. Dejaban allí, tendidos para siempre, a centenares de amigos, de compañeros queridos. Quedaba allí, tendido su cuerpo deshecho, el amigo entrañable, el héroe de la jornada, el luchador incansable y ejemplar, Jiménez, el que en un momento de peligro, cuando los servidores de una ametralladora fascista arreciaban en el ataque, se adelanta, mayestático como los dioses, se prende fuego a la dinamita que llevaba rodeada a la cintura, y destroza, junto con él, los cuerpos roñosos de los servidores de la máquina y a la máquina misma.

Así murió aquel valiente minero de las abruptas serranías de Galicia, así han muerto centenares de muchachos que eran una promesa, esperanza suprema para el engrandecimiento de una raza que ha de ser rejuvenecida en un futuro muy próximo con el triunfo de nuestras armas, armas que empuñan los valientes, los heroicos soldados del Ejército del Pueblo, del pueblo y para la Revolución.

Se repliegan hacia Noya los supervivientes. Y allí, en la garganta de la ría de Muros, sostienen rudos combates durante ocho días.

No han podido aguantar más, no se les ha podido pedir más a quienes todo lo dieron por la libertad y por la justicia. Unos lograron salir de aquel infierno dantesco en barquichuelas de pesca, otros se internaron en los montes y esperan allí la llegada de los que luchan en esta parte por la independencia de España. Sienten aproximarse el día y viven contentos en medio de su tragedia, porque saben que España, la España leal, noble y sublime, los mira con cariño para abrazarles muy pronto y hacerlos asistir al jubileo que ha de seguir al día de la gran victoria que se acerca, que tenemos en nuestras manos y que no dejaremos irse aunque alguien lo quisiera!...

Después... Después de la gesta, de la tragedia espantosa, Galicia ha quedado sumida en un mar de crimen sin nombre en la Historia de los pueblos. Miles y miles de ciudadanos de todas las tendencias han sido vilmente asesinados en toda la región. Galicia es un cementerio, es la región más mártir de España; no nos arredran los crímenes cometidos por el hampa de la "buena" sociedad gallega. Juramos vengar a los caídos, y los vengaremos. ¡Vaya si los vengaremos!